JIMÉNEZ LOZANO, EL POETA ESCONDIDO

José Jiménez Lozano fue un poeta tardío. Publicó su primer poemario a los 62 años, en 1992, aunque Raúl E. Asencio, autor de *A la espera. La poesía de Jiménez Lozano,* premio Internacional Gerardo Diego de Investigación Literaria 2022, presentado ayer en Madrid, sospecha que escribía poesía desde antes de 1979, año en que recibió el premio de la revista *El Ciervo*. Periodista y articulista, reconocido ensayista y novelista de obra inabarcable —recibió el Premio Cervantes en 2002—, Jiménez Lozano ha sido un poeta casi secreto, poco estudiado, "que ahora se ha revelado aquí, ya no será más un poeta escondido —aseguró Manuel Borrás, amigo y editor de Jiménez Lozano en Pre-Textos, y editor también de este trabajo de Asencio—. Su poesía es esencialmente acogedora, la de alguien que renuncia a cualquier teoría, una constante declaración de ignorancia, que en Pepe era coqueta modestia".

"También es una palabra atormentada y hermosa, a la vez que crítica e irónica —apuntó Guadalupe Arbona, profesora de Asencio en la Complutense ("la maestra que me enseñó a leer, a mantener una relación de intimidad con el texto"). Una poesía que se gesta dentro, que nace madura y que se alimenta del entorno, de lo pequeño, del campo, de la vida y de las complicidades con los autores que lee.

De fuerte carácter filosófico y religioso, la poesía de Jiménez Lozano participa de una visión teológica moderna y abierta, con conexiones indiscutibles con Unamuno y Machado, a quienes el escritor siempre mencionaba como sus primeras lecturas. "Tuvo el gran drama de ser católico y manifestarse con una liberalidad muy impropia del español —señaló Borrás—. Para Pepe, como para los místicos, había que celebrar la belleza, y eso entraña en él un deseo de justicia y de hermosura sostenida en el tiempo". "Era un escritor que participaba de la estética jansenista, iconoclasta, contrario al artificio, de escritura cada vez más depurada. ¿Cómo se puede celebrar el mundo sin mancharlo con el artificio?" —planteó Asencio. "Ese es el interrogatorio vital del poeta" —aseguró Arbona.

A la espera recorre los nueve poemarios de Jiménez Lozano, así como la poesía que deslizaba en sus dietarios, para trazar las líneas maestras de su escritura: la relación entre memoria y biografía, su concepción del hecho literario como don, la aparente sencillez y el uso del símbolo, su rechazo al pensamiento encorsetado y el diálogo con autores y libros de todas las épocas. «Un diálogo entre teoría y práctica que, a veces, parece opuesto, aunque nunca es contradictorio, porque la discordancia y la paradoja son luminosas en él» —explicó Francisco Javier Díez de Revenga, catedrático de la Universidad de Murcia y presidente del jurado que otorga el premio.

Raúl E. Asencio es editor, escritor y profesor. Coordina el sello La Caja Books e imparte clases de técnicas narrativas en el máster de Escritura Creativa de la UNIR. Se doctoró en la UCM con una tesis sobre Jiménez Lozano. El acto, al que asistieron Elena Diego, hija del poeta, con su marido, Saulo, y su hijo Pablo, lo abrió Juan Cuesta Diego, nieto del poeta y vicepresidente de la Fundación, quien agradeció a la Residencia de Estudiantes y a su directora, Alicia Gómez-Navarro, su «calidez y amistad» y recordó la razón de ser de un premio que, siguiendo la estela de la labor de difusión que desarrollaba su abuelo —en espacios como el programa radiofónico *Panorama poético español,* en RNE, o la revista *Carmen*—, invita a hacer nuevas lecturas y relecturas de la poesía española de los siglos XX y XXI, una tarea que es posible gracias a la complicidad del Ayuntamiento de Santander y la Consejería de Universidades, Igualdad, Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria. Por la mañana se había anunciado el trabajo ganador de la XXIII edición: el ensayo *Pedro Salinas, el deseo interminable,* del catedrático de la Universidad de Cádiz Manuel J. Ramos Ortega.